

Una mirada desde la psicología de la persona

Fe y servicio

Por MYRIAM S. ÁLVAREZ PÉREZ

La fe en algún demiurgo, necesidad arraigada en el ser humano desde sus orígenes, ha sido un comportamiento criticado de manera dura sobre todo por algunos hombres célebres del pasado siglo XX.

Frases como la de Nietzsche: Dios ha muerto, o la de Marx: La religión es el opio de los pueblos, intentaron, desde posiciones ideológicas bien diferentes, cortar en el ser humano las grandes alas de la espiritualidad. Quizás fue Sigmund Freud el primero en explicar, desde la perspectiva de la psicología, el comportamiento humano a partir de un “inconsciente” que no daba cabida a Dios; y, por tanto, la religión, sus rituales y sus preceptos se convertían únicamente en motor desencadenante de la conducta neurótica.

A la luz de un pasado siglo XX tan poco místico, estas ideas en su momento pautaron estilos de pensamiento y trastocaron verdades existenciales.

Sin embargo, el ser humano es un ser espiritual.

Y es la espiritualidad el contenido esencial de su existencia y aquello que básicamente lo diferencia de otros seres vivos no humanos.



Es, por tanto, la fe un elemento crucial de la humanidad del hombre, que en múltiples ocasiones lo motiva o impulsa a actuar, lo hace bondadoso originalmente y puede hacerlo trascender en su bregar diario.

Desde la perspectiva de la psicología del individuo, existen dos principios dinámicos que dirigen la conducta del hombre: el afán de superioridad (dominar al prójimo) y el sentimiento de comunidad (ayudar al prójimo). La fuerza del sentimiento de comunidad es tal que obliga al afán de superioridad a funcionar de modo “amistoso”.

Así este constante deseo del hombre por su superación, perfección, seguridad y dominio adquiere, en cada individuo, una configuración particular.

Cada individuo desarrolla un estilo de vida propio. Pero el cristiano que vive su fe forja su estilo de vida y promueve su potencial humano a partir de la ayuda al prójimo.

Esto le permite amar, ser amado y amarse a sí mismo; favoreciendo así su autoaceptación y la empatía con otras personas.

De esta manera, muchos cristianos experimentan su fe a través del servicio.

Los requerimientos que la vida en comunidad impone al hombre, el cristiano los canaliza mediante su capacidad y vocación de servicio.

Por intermedio de esta vocación para el servicio, el cristiano desarrolla su sentimiento de ayuda al prójimo y moldea los objetivos de su vida.

Conocer realidades humanas, las que pueden ser bien diferentes y a veces tristes, fortalece su testimonio de fe y reorienta el sentido de la vida.

El servicio al prójimo permite darnos cuenta de que podemos ser útiles y servir a Dios de muy distintas maneras. Además, nos favorece para ver la dimensión humana de los problemas y nos hace crecer desde la voluntad. Colaborar con Dios y ver en el trabajo la responsabilidad dada por Él, puede ser también otro de los cambios para elevar nuestra autoestima.